

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Número 518

TERCER MILENIO

Editado

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

El orgullo te afecta en tu propia casa. Una mirada crítica a tu vida familiar revelará muchas áreas en las que el orgullo ha entorpecido tu santidad y te ha conducido por el camino equivocado. ¿Cuántas veces habrás oído aquello de «la Caridad comienza por casa»? Y sin embargo, por mucho que lo hayas oído, el mensaje no acaba realmente de penetrar. Ésta es la razón por la que tu conducta en tu hogar y con tu familia constituye la mejor medida de bondad o de santidad que cualquier otro factor. El individuo que va a Misa todos los días pero no dedica tiempo alguno a su esposa, no es ningún ejemplo de santidad. La mujer que dedica cuarenta horas semanales a trabajar en programas voluntarios, mientras sus hijos están en casa al cuidado de otra gente, no es ningún ejemplo de amor. Sin embargo, si les preguntaran si creen que están sirviendo a Dios, responderían con un eufórico «sí». Pero ¿lo están haciendo?

Hace poco me encontraba en el Medio Oeste, dando unas conferencias, cuando tuve el «placer» de cenar con una pareja de ancianos que se dedicaba a recaudar fondos para las misiones

en el continente africano. Me encontraba ante una pareja, a los ojos de cualquiera, de excelentes cristianos, que no dejaron de atacarse verbalmente durante toda la noche. No se decían nada abiertamente. En realidad, toda la acción se basaba en indirectas. Por ejemplo, cuando le pregunté al marido qué hacía para ganarse la vida, me respondió que era ingeniero, y agregó:

-*"Pero no crea que llego a ver el dinero de mi sueldo. Tarda ella menos en gastarlo que yo en ganarlo".*

-*"Cariño, tu dentadura parece sucia"* -se limitó a decir la esposa, sin inmutarse-. *"¿No crees que deberías visitar de nuevo al dentista?"*

Y así estuvieron toda la noche. Estoy segura de que si les hubiera formulado alguna pregunta relacionada con sus mordaces comentarios, se habrían sorprendido. Probablemente me habrían asegurado que sólo bromeaban y que no intentaban humillarse mutuamente. Pero no deja de asombrarme la poca consideración con la que los cónyuges hablan entre sí, como si el hecho de estar casados les autorizara

a insultarse o incluso a ser groseros. Ésta es una forma de orgullo particularmente común, pero raramente reconocida. En lugar de ofrecerle lo mejor a su cónyuge, muchas personas se limitan a ofrecerle las migajas de su tiempo y de su consideración.

Hay dificultades en todas las relaciones; nadie pretende que sea fácil, y el matrimonio es probablemente, entre todas, la forma más dura de amor. Pero cuando las parejas olvidan que la fe y el sacrificio mutuo constituían una parte importante de su decisión inicial de contraer matrimonio, dan rienda suelta a su propio orgullo y a su propio egoísmo. Los resultados, como podéis imaginar, pueden ser devastadores.

- Hace gala de soberbia el marido que interrumpe a su esposa y no escucha respetuosamente lo que ella dice, como si las opiniones de él fueran las únicas que vale la pena tener en cuenta.

- Hace gala de soberbia el padre que insiste en que su hijo sea médico, cuando la medicina no le interesa y lo que desea es ser artista.

- Hace gala de soberbia la esposa que empuja a su marido para que consiga cierto cargo, a fin de mantener un estilo lujoso de vida.

- Hace gala de soberbia la madre que duda en corregir a su hijo, amparándose en la tolerancia, cuando en realidad lo que no quiere es arriesgarse a perder el amor y el afecto de su hijo.

Muchos de nosotros prestamos poca o ninguna atención a muchos comentarios y actos irreflexivos que realizamos a lo largo del día, pero la irreflexión es también una forma de soberbia. Es una especie de soberbia pasiva, que nos impide pensar primero en los demás y preocuparnos de nadie más que de «mí mismo». Cuando un marido llega tarde a la hora de la cena sin haber llamado antes a su esposa, está haciendo gala de este tipo de soberbia. Lo mismo es cierto de un niño que se siente a la mesa y protesta de la comida. Cada vez que somos groseros o desconsiderados con algún miembro de la familia, nos comportamos como malos cristianos. Nos estamos colocando antes que la otra persona, juzgándola y no considerándola como a un ser querido de Dios, sino como a alguien que de algún modo es inferior a nosotros. Creemos que nuestra agenda es la única



que cuenta.

-Por favor, madre, a este ritmo jamás podré llegar a ser santo -me diréis. Creo que sí. Estoy convencida de que ya has emprendido el camino de la santidad porque lo estás intentando, estás dispuesto a abrir los ojos y a aceptar ciertas verdades bastante brutales sobre ti mismo. El Señor sólo nos pide que lo intentemos y cuanto más sepamos sobre nosotros mismos y sobre nuestras faltas, más será lo que podremos hacer para corregirlas. Conocerse a sí mismo es esencial para alcanzar la santidad a la que aspiramos en la vida. Cuando alguien nos hace dar cuenta de que somos irreflexivos y del efecto que ha surtido en nuestra familia nuestra excesiva concentración en nosotros mismos, podemos comenzar a cambiar. Podemos comprender que las pequeñas cosas cuentan en esta vida. Un escritor espiritual contemporáneo subrayó recientemente que la irreflexión no es lo mismo que la crueldad, pero que a menudo surte el mismo efecto. Debido a nuestro orgullo, no nos damos cuenta de que cada día ofendemos a algunas personas. Cuando por irreflexión o grosería desestimamos la dignidad de alguien, nos separamos de la humildad que Dios espera de nosotros.

Madre Angélica

RETIRO ESPIRITUAL en su HOGAR

NOTA 6



A lo largo del día dedicamos nuestro tiempo a hablar con distintas personas que nos interesan. Amigos, vecinos, compañeros de trabajo o estudio, etc. Es ahora tiempo de dedicar una hora para hablar con Dios, a través de nuestro diario Retiro Espiritual. Tomamos nuestro cuaderno de apuntes y nos instalamos en el lugar ya establecido, a la hora elegida, listos para nuestro diálogo con el Señor. Para refrescar nuestra memoria, podemos leer el número de *El Semanario...* (513), donde publicamos las condiciones de ubicación, preparación y desarrollo para nuestro retiro.

Comenzamos haciéndonos la Señal de la Cruz y rezando la oración al Espíritu Santo:

“Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu Amor. Envía, Señor, tu Espíritu, y todo será creado, y renovarás la faz de la Tierra. Amén.”

Repasamos lentamente los apuntes de nuestro anterior encuentro, meditando si hemos cumplido con la propuesta que realizamos y escribimos. Si no lo hemos hecho, anotemos en nuestros apuntes de hoy ponernos al día, cumpliendo.

A continuación, leemos la siguiente meditación:

La felicidad, ¿dónde está?

El problema central de la vida humana es la felicidad. Todos la anhelan. Dios ha puesto en el centro de nuestro corazón ansias infinitas de felicidad. Por eso la felicidad tiene que existir. Y ¿quién no ha deseado ser feliz? En esta vida estamos de paso. El hombre es un viajero. Bien podemos decir que viene de Dios y a Dios va, según aquella frase de la Escritura: «El cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado, y el espíritu volverá a Dios que le dio el ser» (Ecl. 12,7).

El hombre en este viaje busca la felicidad, pues es un hecho cierto que todos queremos ser felices. En nuestro corazón, como hemos dicho, existen ansias de felicidad y todos soñamos con ella, y la buscamos, pero ¿dónde está?

Los hombres suelen poner la felicidad en las riquezas, en los honores y en los placeres, pero se equivocan: la felicidad no está aquí en la tierra.

Los hombres que no piensan en el más allá, los apegados a este mundo, los que ponen en él su domicilio permanente, llaman bienaventurados a los ricos, a los que poseen muchos bienes y ríen y se divierten, y así suelen decir: «Comamos y bebamos», disfrutemos de esta vida, «porque mañana moriremos» (Is.22).

¿Y podremos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo? Si la felicidad se limita con la muerte, ¿cómo podrán llamar felicidad a lo que no es eterno? El hombre ciertamente no ha nacido para los bienes de este mundo y, por tanto, no son su fin, pues si él hubiera nacido para ellos, ¿por qué muere? ¿por qué se le quitan de las manos, quiera o no quiera?

Andamos muy equivocados si creemos que estamos en el mundo para acaparar riquezas y luego dejárselas a otros con gran pena para que ellos disfruten a costa de nuestros sudores. ¡Cuánta vanidad! No tenemos que poner nuestra felicidad en la tierra, en esta vida tan corta, pues si no esperamos en otra vida más allá que la presente, seríamos, como dice San Pablo «los más miserables de todos los hombres» (1 Cor. 15,19).

Como Dios ha puesto en el corazón humano ansias infinitas de felicidad, tenemos que reconocer que el hombre ha nacido para cosas mayores, por cuanto no se sacia con las cosas de aquí abajo.

Nuestro corazón tiene forma triangular y el mundo por ser redondo no se adecúa perfectamente a él, lo que quiere decir que ni todo el oro del mundo ni todos sus placeres pueden hacernos felices. ¿Cuánto tiempo disfrutarán los que poseen riquezas y palacios y muchísimos bienes de todas las clases? Bien podemos decir: «Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierras, oro y plata, decidme: ¿Cuántos dueños habéis tenido? ¿Cuántos tendréis todavía?».

En consecuencia: nuestra felicidad no está en la tierra, no está en este mundo: está en Dios infinito y eterno, que ha puesto en nosotros aspiraciones infi-

nitias, y sólo Él por poderlas colmar es nuestro último fin.

Y esto es lo que dijo San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón, mientras no descansen en Ti».

Anota en tu cuaderno de apuntes:

-¿Qué pecados he cometido contra los Mandamientos 6º al 10º?

-¿Repito frecuentemente estos pecados?

-En esta semana me dedicaré a combatirlos y, a medida que los venza, iré tachándolos de la lista, teniéndolos en cuenta para el momento en que realizaremos nuestra Confesión.

Haz nuevamente la Señal de la Cruz y vuelve a tus ocupaciones del día. Mañana, a la hora que hayas establecido, volverás para un nuevo encuentro con Dios.



NOTA 9

KEMPIS

Imitación de Cristo

La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

CAPITULO 10

Debemos evitar la superfluidad en las palabras. Hemos de guardarnos de la conversación inútil e insustancial.

1. Evita en lo posible el bullicio de los hombres, porque el trato con las cosas del mundo es un gran obstáculo para ti, aun cuando procedas con pureza de intención.
2. Y la razón es porque pronto nos mancillamos y nos cautiva en sus redes la vanidad.
3. Quisiera haber callado muchas veces y no haberme hallado entre los hombres.
4. Pero ¿por qué nos gustará tanto hablar y entablar conversación unos con otros, siendo así que raramente volvemos al silencio sin haber lesionado

de algún modo la conciencia?

5. Nos gusta tanto porque gracias a la conversación tratamos de consolarnos mutuamente, y deseamos aliviar nuestro corazón oprimido por la multiplicidad de pensamientos que lo acosan.

El consuelo lo da el conversar sobre cosas de Dios.

6. Y nos complacemos sobremanera en hablar y pensar en aquellas cosas que mucho amamos o deseamos, o en las que, por sernos contrarias, se oponen a nuestros sentimientos.

7. Mas ¡ay!, muchas veces es vano empeño; porque esta consolación exterior termina dañando e impidiendo el consuelo interior y divino.

8. Por eso es menester velar y orar para que no se nos pase el tiempo conversando ociosamente en la esterilidad. Si es lícito hablar y conviene hacerlo, hazlo sobre cosas que edifiquen.

9. El mal uso que hacemos de la lengua y la dejadez en nuestro aprovechamiento espiritual son, en gran parte, la causa de que no guardemos los límites debidos en nuestro hablar.

10. En cambio, la devota conversación sobre cosas espirituales, máxime entre personas que están unidas en Dios y animadas por un mismo espíritu e ideal, sirve no poco para el provecho espiritual del alma.

Continuará

GIMNASIA FEMENINA GRATUITA
 para todas las edades
 Salón Santa Filomena
 153 entre 27 y 28 Berazategui

MARTIGYM
 ¡lo máximo!

CADA MARTES
16:00 HORAS

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



VIA CRUCIS **Viernes**
21:00 hs.
Salimos desde 153 y 21
(Farmacia Dagand)

...y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el

"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Pcia. de Bs. As.**

**Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00hs**

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

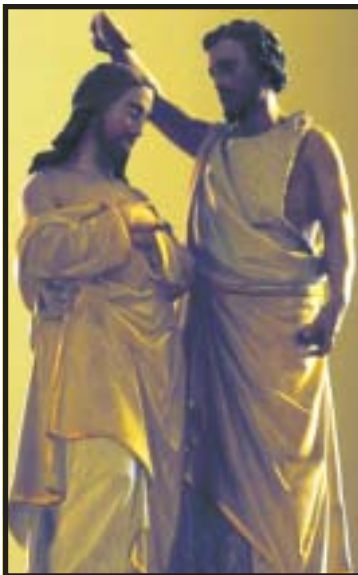
23 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

**Un solo Señor Jesucristo, verdadero Dios
y verdadero hombre.**

No basta, sin embargo, confesar que Jesucristo tiene naturaleza divina y naturaleza humana, que es Dios y hombre al mismo tiempo, sino que, además, hay que afirmar que lo que une a ambas naturalezas es la Única Persona de Cristo, que es la Persona del Verbo, la Segunda Persona de la Trinidad, de tal manera que en Cristo no hay dos personas, una divina y otra humana, sino una sola Persona y ésta divina.

Por eso, hablando de Cristo, nos enseña S. Pablo: «El mismo que bajó es el que subió...» (Efesios 4, 10). "En lo cual se indica la unidad de la Persona de Jesucristo: bajó, es decir, que el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana, pero subió, es decir, que el Hijo del Hombre según la naturaleza humana fue elevado a la sublimidad de la vida inmortal. Y así es el mismo Hijo de Dios que baja y el Hijo del Hombre que sube" (Santo Tomás de Aquino).

Son, pues, verdaderas las siguientes expresiones: «El Verbo se hizo carne» (San Juan 1, 14); la Virgen María es «Madre de Dios» (Concilio de Efeso); han «crucificado al Señor de la Gloria» o sea, a Dios (1 Corintios 2, 8), porque las acciones son de la Persona. No digo: «mi mano escribe» sino: «yo (mi persona) escribo»; si con un revólver disparo un tiro no es el dedo el responsable sino yo (mi persona); si



choco con el auto la culpa no la tiene el pie por no frenar a tiempo sino yo, etcétera.

De esa manera todo lo que hizo Jesucristo gracias a su naturaleza humana: nacer, hablar, trabajar, hacer milagros, padecer, morir, son acciones que deben referirse a la Persona divina y, por tanto, cada una de esas acciones, por ser acciones del Verbo de Dios, tienen un valor infinito: son acciones de Dios. Si de hecho hubiese dos personas en Dios, no se podría decir que el Verbo se hizo carne, y habría que afirmar que la Virgen es la Madre del hombre-Cristo, no la Madre de Dios, y no se podría escribir que fue crucificado el Señor de la Gloria, con lo cual todavía estaríamos en nuestros pecados porque sólo Dios puede salvarnos de ellos.

En Cristo hay una única Persona divina y dos naturalezas: una humana y otra divina.

Algunos herejes, por querer afirmar tanto la unidad en Cristo, negaron la dualidad de las naturalezas. Otros en cambio, por afirmar tanto esta dualidad en Cristo, acabaron por destruir la unidad de la Persona. Todos estos «no son de Dios» (cf. 1 San Juan 4, 3).

La fe católica confiesa «que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo

Hijo, Señor Unigénito, en dos naturalezas unidas a una sola persona... no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo, Señor Jesucristo» (Concilio de Calcedonia).

Por ser una unión de persona o de hipóstasis, se llama unión hipostática.

CONTINUARÁ